
Leyenda de las tres hermosas Princesas

En tiempos antiguos reinaba en Granada un príncipe moro llamado Mohamed *El Haygari, El Zurdo*. Algunos afirman que le apellidaron de este modo porque solía echar a perder todos los asuntos en que se entremetía.

Paseando a caballo cierto día Mohamed por Sierra Elvira, tropezó con un piquete de caballería que regresaba de hacer una escaramuza en el país de los cristianos. Entre las cautivas venía llorando una hermosa joven. Mohamed pidió la bella cautiva como la parte que le correspondía de aquel botín, la llevó a su harén de la Alhambra y resolvió hacerla su sultana. Viendo Mohamed que su constancia no le servía gran cosa, determinó atraerse a la dueña que venía con la joven, la *discreta Kadiga*, que comenzó su tarea de este modo:

-¿A qué viene ese llanto y esa tristeza? -decía a su señora-. Os casáis con él, no con su religión; y si es un poquito viejo, más pronto os quedaréis viuda.

Los argumentos de la discreta Kadiga hicieron su efecto y el rey moro fue padre de tres hermosísimas princesas. Siguiendo la costumbre de los califas musulmanes, convocó a sus astrólogos, que le dijeron: «Las hijas, ¡oh rey!, necesitarán mucho más de tu vigilancia cuando estén en edad de casarse.»

La reina murió pocos años después, dejando confiadas sus tiernas niñas a la discreta Kadiga. En su virtud, el rey resolvió encerrarlas en el castillo real de Salobreña, una inexpugnable fortaleza donde crecieron rodeadas de comodidades. Se llamaban Zayda, Zorayda y Zorahayda.

En cierta ocasión la curiosa Zayda observó una galera que venía llena de hombres armados. Entre los prisioneros venían tres caballeros españoles ricamente vestidos. Las princesas miraban con profundo interés.

Al fin la discreta Kadiga cayó en la cuenta: «Ya es tiempo –pensó- de avisar al rey.»

Hallábase sentado cierta mañana Mohamed el Zurdo sobre un diván cuando llegó un esclavo con un melocotón, un albaricoque y un prisco. El monarca adivinó al punto que sus hijas ya estaban en la edad de casarse y fue en su busca.

Al llegar a Salobreña las contempló con orgullo. Luego el séquito se puso en marcha, pero cuando la cabalgata se aproximaba a Granada vieron un convoy de prisioneros. Entre ellos se hallaban aquellos tres apuestos

caballeros que las princesas habían visto desde el pabellón. No se apartaron, y el monarca se encendió de ira. Pero las princesas le imploraron piedad.

-¡Basta! -dijo el rey-. Les perdonaré la vida, pero ¡que los lleven a las *Torres Bermejas*!

De regreso a la Alhambra, el Rey abrumó a las princesas con vestidos de seda y diamantes. Pero su melancolía no remitía, y el Rey pidió a Kadiga que le iluminara con un consejo.

Encerrándose con ellas, Kadiga procuró ganar su confianza.

-Mis queridas niñas: ¿qué razón hay para que os mostréis tristes? Haré venir al famoso cantor negro Casem.

-He perdido la afición a la música -dijo la dulce Zorahayda.

-¡Ay, hija mía! No dirías eso -dijo la anciana maliciosamente- si hubieras oído la música que yo oí anoche a los tres caballeros españoles que tropezamos en nuestro viaje.

-¿Y no pudierais, madre, procurarnos verlos? -preguntó Zayda.

Kadiga fue a ver a Hussein Baba, el vigilante de los caballeros, y deslizándole una moneda de oro le pidió que pusiera a trabajar a los cristianos junto a la Torres de las Infantas.

Al día siguiente las princesas se deleitaban oyendo las tiernas endechas de sus trovadores. Aunque tímidamente, llegaron a asomarse al ajimez y a conversar con sus enamorados caballeros.

Mas esta correspondencia se interrumpió, pues no volvieron a aparecer los caballeros cristianos en el valle. La discreta Kadiga salió para enterarse de lo que sucedía, y volvió turbada.

-¡Ay, niñas mías! -gritó-. Los caballeros han sido rescatados por sus familias, y estarán en Granada disponiéndose para regresar a su patria.

Las enamoradas infantas se desconsolaron con tan contraria noticia.

Al tercer día de llantos la aya entró en sus departamentos:

-¡No me habléis jamás, en la vida, de tales caballeros cristianos! ¡Se han atrevido a proponerme que os persuada para que huyáis con ellos a Córdoba,

donde os harán sus esposas. Han sobornado al renegado capitán de la guardia, y concertado con él el plan de evasión.

-Mi buena Kadiga, ¿no podéis huir también con nosotras?

-Ciertamente que sí, niña mía.

A medianoche la discreta Kadiga escuchó al renegado Hussein Baba, que daba la señal. La dueña amarró el cabo de una escalera al ajimez y bajó por ella. Las dos infantas mayores la siguieron; pero cuando llegó su turno Zorahayda dejó caer la cuerda.

Las dos infantas mayores se vieron llevadas atropelladamente hasta el pasadizo subterráneo. Los caballeros españoles estaban aguardándolas disfrazados de soldados moriscos. Fueron colocadas a la grupa con sus amantes, y la discreta Kadiga montó detrás del renegado, partiendo todos en dirección a Córdoba.

Haciendo una señal a los caballeros, el renegado se metió en el río. Llegaron salvos a la orilla opuesta, y lograron llegar a Córdoba, donde las hermosas princesas se hicieron esposas de los caballeros.

Pero ¿Qué fue de la discreta Kadiga? Pues se agarró como un gato al cinturón de Hussein Baba durante la carrera; pero cuando éste entró en el agua el cinturón se desató y fue arrastrada por la corriente. Lo que fue después de ella no lo cuenta la tradición, pero sí se sabe que acreditó su discreción no poniéndose jamás al alcance de Mohamed el Zurdo.

I. Washington. (1832). Cuentos de la Alhambra.